Territorios

Entre dos torres

Fracción de historia urbana

Jorge Ojeda Barrera*

Transcurría el año de 1948 cuando heredé el puesto de consejero que entonces desempeñaba el maestro, ingeniero arquitecto Balbino Hernández Sanz en el Consejo Consultivo de Arquitectura de la Ciudad de México. En ese entonces el nombramiento lo otorgaba el jefe del Departamento del Distrito Federal, y para concederlo se basaba en la terna propuesta por el Colegio de Arquitectos de México (CAM) cuando alguno de los tres consejeros concluía su gestión. En esa época la Dirección General de Profesiones (GDP) tenía la facultad –por ley–, de adherir a los ingenieros arquitectos al CAM –pues carecían de un colegio que los representara.

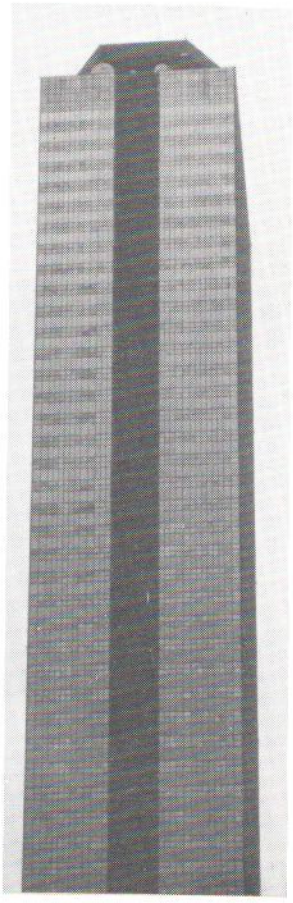
Desde la conformación del CAM, los primeros miembros colegiados de éste, convinieron que uno de sus tres integrantes fuera un egresado de la Escuela de Arquitectura Politécnica, Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura (ESIA). El Consejo Consultivo de Arquitectura de la Ciudad de México era el máximo organismo en cuanto a arquitectura, éste decidía sobre la realización de las obras más importantes para la ciudad, en lo cual era sumamente estricto y cuidadoso, pues se entendía como prioritaria la conservación de la fisonomía urbana.

En 1948, el Consejo Consultivo estaba integrado por los arquitectos Enrique Aragón, Enrique Beltrán, así como por quien esto suscribe, el recién llegado ingeniero arquitecto Jorge Ojeda Barrera. La presidencia del organismo se turnaba por rotación entre nosostros. Todo marchaba bien, pero mi edad discrepaba considerablemente de la de mis honorables y venerables compañeros del Consejo, quienes fueron escogidos en su momento por su rancia tradición arquitectónica. Uno de ellos, Enrique Aragón, fue el laureado ganador del concurso nacional para la construcción del monumento a los Niños Héroes. En ese mismo año el arquitecto Augusto H. Álvarez presentaba para su autorización los planos de un proyecto para construir un edificio en terrenos que fueron parte del zoológico de Moctezuma, luego del Convento de San Francisco, en los cuales hoy se erige la Torre Latinoamericana.

Por sus características, el edificio del arquitecto Álvarez se distanciaba en mucho de lo construido en la ciudad. En general, para que los proyectos fueran aprobados, debían sujetarse a las normas de identidad y altura: habían características que respetar en lo que se refiere a las alturas, ya que el subsuelo de la ciudad definía sus límites.

El edificio San Antonio, el más alto de la ciudad en ese momento, de milagro había sido aprobado a sus constructores: los hermanos Martínez Negrete, pues rebasaba la altura de los edificios de la compañía de seguros La Nacional y de sus vecinos en avenida Juárez 4 y 14, frente a Bellas Artes; considerados como la pauta recomendable en altura. El edificio que proponía Augusto H. Álvarez superaba con creces la altura del edificio San Antonio y su sistema de flotación con base en pilotes de concreto para sustentarlo; el proyecto no tenía precedentes. En la ciudad, el ingeniero José A. Cuevas apenas lo experimentaba en la construcción del edificio de la Lotería Nacional, auxiliado en la excavación por el ingeniero Kurt Groeneworld.

En aquel tiempo no conocía al arquitecto Augusto H. Álvarez, a pesar de ser ambos originarios de Yucatán; éramos de generaciones y escuelas diferentes. Álvarez me fue presentado por



Torre Pemex.

*Ingeniero arquitecto, exdirector de la ESIA.

Durante la construcción de CU en 1950. De pie, de izquierda a derecha: Carlos Lazo, Francisco J. Serrano, Vladimir Kaspe, Alberto Velasco Adalid y Juan José de Pablo. Sentados, en el mismo orden: José Crexel, Manuel Ortiz Monasterio, Nicolás Mariscal (padre), Jorge Ojeda Barrera, Nicolás Mariscal Barroso y Jorge Tarditti.

el arquitecto Manuel Amabilis, maestro en la Facultad de Arquitectura de la UNAM y amigo de mi padre, ingeniero Víctor N. Ojeda León. Amabilis terminó su carrera en la Escuela de Arquitectura de París, becado por el gobernador Carrillo Puerto, y en 1948 construía –junto con mi padre–, el Monumento a la Patria, en Mérida. La anterior referencia la hago para señalar la importancia de la amistad fincada con Amabilis.

Volviendo a la Torre Latinoamericana, la persona que calculaba y en realidad construiría era el ingeniero Leonardo Zeevaert, quien fue mi maestro de mecánica de suelos en 1942 ó 43, durante mi paso por la ESIA, él, competente en superlativo, lo recordaba admirado y "temido", llenando de ecuaciones los pizarrones del salón de clases.

Después de haber valorado atributos, modernidad y subsuelo urbano, los planos de la Torre fueron aprobados, no sin que mediaran largas discusiones en las cuales Mumford y otras opiniones autorizadas salieron a relucir. El ingeniero Leonardo Zeevaert recibió los planos tan sólo con mi firma, aprobándolos. Recuerdo haber firmado más de las copias que normalmente requería el Consejo, consciente de la importancia del caso, además de mi rúbrica ilegible escribí mi nombre completo al calce. De ese momento a la fecha, ha transcurrido medio siglo; los edificios han superado el escollo de las alturas y se multiplicaron en la ciudad de México.

Como miembro del Consejo dediqué con gusto tres años a esta labor, con ese mismo gusto me he dedicado al ejercicio de la profesión, la docencia y a una meta que me fijé desde mi época escolar: el estudio de la vivienda. Con bastante retraso para mi deseo, en agosto de 1997, después de años de gestación, presenté mi libro *Arquitectura biológica, camino a casa.*[1] En esta edición, el arquitecto Pedro Moctezuma Díaz Infante prologó mi libro y lo presentó a las personalidades del medio. Las expresiones vertidas sobre mi obra y persona sólo son explicables por su nobleza y bonhomía, lo cual agradezco, sobre todo porque a él lo conocí apenas unos meses antes de este acontecimiento. Él fue el laureado ganador del Premio Nacional de Arquitectura en 1996 y autor de la Torre Pemex, la más alta de la ciudad y de América. Esta agradable coincidencia –en mi relación con constructores de torres–, puede ser de interés para quienes escriben nuestra historia urbana y, como protagonista de estos sucesos, dejo constancia ⓔ

Presentación del libro *Arquitectura biológica,* 1997. Pedro Moctezuma Díaz Infante, Eugenio Méndez Docurro, Jorge Díaz Serrano, Jorge Ojeda Barrera.

[1] *Arquitectura biológica, camino a casa,* será presentado como una aportación de México a la solución del problema de vivienda en el mundo; próximo Congreso Mundial de la UIA (Unión Internacional de Arquitectos), a celebrarse a mediados de 1999 en Beijing, China.